

CARACTERISTICAS DEL ARTE DE JAPON

Después de un largo período de contacto íntimo con el arte japonés, puede asegurarse que los principios esenciales de su estética están basados en un sentido de interioridad. Hay expresiones del arte de Japón en las que predomina la tendencia exterior: la mayor parte de la pintura de "Ukiyo-e", objetos ultradecorados de algunas escuelas de cerámica, etc... No creo que esto sea lo más típico del arte japonés, a pesar de ser lo más conocido fuera de Japón. La vertiente interior de la estética de Japón es su característica más determinante. Una frase de Suzuki Daisetsu, uno de los pensadores más representativos del Japón moderno, puede ser iluminativa: "La belleza no está en la forma, sino en el significado que ella encierra". Así puede quedar determinado un principio esencial del arte de Japón.

Esta tendencia hacia lo interior está expresada en tres términos intraducibles, que han llegado a ser la clave estética japonesa: "Sabi", "Wabi" y "Shibumi". Los tres conceptos están íntimamente ligados entre sí, y no puede entenderse perfectamente uno sin la apreciación de los otros. Es interesante ver que un europeo del siglo XVII, el P. Juan Rodríguez Tsuzu, S. J., nos da ya una definición descriptiva de estos tres conceptos. Este padre nació en Sernancelhe (Lamego) hacia 1561, y llegó a Japón en 1576, donde ingresó en la Compañía de Jesús en 1580. Fué procurador-ecónomo de la misión japonesa de 1591 a 1626. Trasladado a Macao en 1614, falleció en esta ciudad en 1633, después de publicar allí sus famosas "Artes da lingua japoã", dirigir el "Vocabulario" y dejar incompleta la "Historia da Igreja do Japão". El libro I y II de esta Historia se han publicado en Macao en 1954 y 1956 respectivamente. En esta obra dedica Rodríguez la primera y segunda partes a la historia, filosofía, religión, arquitectura, costumbres de Japón. El capítulo segundo de libro II se titula así: "De algunas artes mecánicas de Japón y primero de sus pinturas" *. Entre otras cosas, escribe Rodríguez lo siguiente: "Finalmente en dichas pinturas además de imitar lo

(*) Sigo en la presentación de Rodríguez Tsuzu, S. J., a la traducción publicada por el Prof. J. L. Alvarez-Taladriz en su estudio del arte japonés según los escritos del jesuita portugués: "La pintura japonesa vista por un europeo a principios del siglo xvii", Universidad de Lenguas Extranjeras, Osaka, 1953.

natural, no gustan de multitud o confusión de cosas, mas de pocas proporcionadas entre sí y solitarias”.

Esta visión intuitiva del arte japonés tenida por un europeo a principios del siglo XVII, nos abre a un mundo de sugerencias inapreciables. La mirada crítica de Rodríguez Tsuzu coincide, en sus líneas fundamentales, con la mayoría de los críticos japoneses contemporáneos. Todas las definiciones descriptivas del arte japonés destacan estas tres notas características de “Sabi”, “Wabi” y “Shibumi”.

“Sabi”, en su sentido etimológico, encierra la idea de soledad, apartamiento. Penetrando por el concepto fundamental de la filosofía del Zen de la tendencia hacia un desligamiento del mundo de los fenómenos hasta conseguir un estado total de vaciedad, se llega a captar el concepto de “Sabi”, en esa carencia absoluta de distinciones entre sujeto y objeto. Hay que dar un paso más allá de la belleza sensible, hasta hacer nuestro ese sentimiento inefable que existe en medio de la soledad. De este modo, apartándose del mundo de las bellezas formales, se consigue un contacto con la belleza esencial hallada en el centro del “Sabi”. Este tránsito del mundo de las formas al de los conceptos no significa un abandono metódico de todo hasta empobrecer las representaciones artísticas. Precisamente en medio de esa “desolación”, de ese mundo del “Sabi”, se encontrarán ennoblecidas, enriquecidas de múltiples facetas, todas aquellas formas a las que renunciamos.

Este es el origen de la fuerza sugestiva tan grande del arte japonés y uno de los valores principales obtenido de la filosofía del Zen: en Occidente “se sugiere” con unos elementos que evocan natural o psicológicamente otros nuevos; en el arte japonés se sugiere con el sentido de ausencia que emana naturalmente del “Sabi”. Un ejemplo tomado de la literatura aclara este concepto. Es un “haiku”, o pequeño poema, de Bashō (1643-1694):

“Sobre la rama seca
está posado un cuervo:
tarde de otoño”.

Dos trazos descriptivos que delimitan el concepto de “Sabi”, abren a un mundo de sugerencias. Este es también el método artístico de todo el arte del “Sumi-e”, o pintura de tinta china. El pincel no dibuja más que unos trazos de tinta, que por sí mismos nos introducen en un mundo de desolación y apartamiento. Allí hay carencia de todo: de color, de planos de visión, de detalles determinados. Bastan dos trazos que enmarquen el vacío, el “Sabi”. Una vez sumergidos allí, lo descubrimos todo. La introducción de este valor del “Sabi” en pintura, lo debe el arte japonés a los Maestros chinos del Período Sung del Sur (1127-1279). Y, más profundamente, a la

influencia de la ideología del Zen, que penetró de un modo que iba a ser definitivo en todas las vertientes de la cultura japonesa. Este elemento se hace así tan característico del arte de Japón, que los pintores del Período de Muromachi (1333-1573) lo tienen ya perfectamente asimilado y lo convierten en un valor típicamente japonés. La razón de esta rápida asimilación está en que el elemento "Sabi" estaba ya en la constitución misma del alma japonesa, y la influencia venida de China sólo aceleró un fenómeno estético.

Un concepto íntimamente relacionado con el anterior es el de "Wabi". Casi diría que es una consecuencia, o quizás mejor, que es un nuevo aspecto del mismo concepto. "Sabi" dice relación más estrecha con el individuo, y "Wabi" con el estado de vida. De todos modos, son conceptos complementarios. Etimológicamente, "Wabi" significa pobreza, carencia de bienes aparentes, simplicidad. A éste significado original de la palabra, va unida la idea de "gozo indecible en la simplicidad", que determina el concepto de "Wabi" según se aplica a la estética japonesa. Ahondando un poco más en este concepto, descubrimos una tendencia a despojar de lo ficticio a la belleza que se encierra detrás de todo. Así conseguimos un contacto directo con la belleza esencial, que en sus últimos elementos coincide con la vida. Por tanto, "Wabi" significa sinceridad consigo mismo.

El Zen trajo también este modo de pensar y actuar, en busca de un ideal que trasciende las realidades visibles, y donde el espíritu puede descansar. Se trata de un despojo total de todo, absolutamente todo, para alcanzar esa gran pobreza interior y exterior que va a quitar los estorbos que impiden la unificación con la Naturaleza Universal. El concepto "Wabi", aplicado a la vida, es la realización de ese ideal. La simplicidad de las cosas de fuera, llevará indudablemente a la ausencia interior de todo lo que distraiga de este fin. Este concepto general del "Wabi" aplicado al arte, ha llegado a ser una de las características fundamentales de la estética japonesa. Una simplicidad esencial, buscada y hallada en los leves trazos del pincel y en la línea fácil de la arquitectura, en el diseño sencillo de las mejores piezas de cerámica, y en tantas otras expresiones del arte japonés. Cuando se logra expresar lo bello con la máxima economía de recursos materiales, parece que se deja el paso más libre a la belleza espiritual. La forma exterior es sólo un vehículo para transmitir esa belleza. Por tanto, cuanto más leve sea este medio, más pura aparecerá aquélla.

El arte japonés ha intuido profundamente este principio, y por medio del "Wabi" ha logrado acercarse más directamente al meollo fundamental de lo bello. Una casa de té, hecha de los materiales más humildes y con la máxima economía de líneas arquitectónicas, es una de las expresiones más puras del arte japonés. Allí se ha

logrado evitar todo elemento ornamental que distraiga: ni una piedra sobra de las que conducen a la casa, ni un listón de madera de los que delimitan los planos de las paredes, ni un árbol de los que rodean la casa. La misma situación de la casa de té es una expresión de "Wabi": nunca está en un paisaje despejado, sino escondida entre árboles, emergiendo entre arbustos, que le dan un aspecto místico. Todo conduce a la expresión adecuada de la belleza esencial. Lo opuesto a este estilo estético del "Wabi" sería un estilo barroco: en toda la historia del arte japonés ha habido muy pocas expresiones de Barroquismo, y éstas se han debido a influencias extrañas que han perdurado poco.

Sen-no-Rikyū, un esteta de los últimos años del Período de Muromachi (1333-1573), tenía como ideal artístico "crear belleza procurando evitarla". En las reglas que da para el "Arte del té" aparece clara esta tendencia. Al describir cómo debe ser la pequeña cucharilla que sirve para tomar el té del recipiente en que se contiene, dice: "Debe hacerse de forma que no llegue a parecer bella"; y al hablar del recipiente cilíndrico del té, "debe procurarse que su forma sea lo más ruda posible, dejando el fondo sin terminar ni pulimentar". Esta tendencia a lo incompleto, a lo imperfecto, nos lleva al tercer concepto esencial del arte japonés: el "Shibumi", o "Shibui" en su forma adjetivada más conocida. "Shibui" significa áspero, y de un modo más general, rudo, inacabado. Quizas sea éste el término más típico del arte japonés, que en cierto modo encierra los otros dos ya analizados. Es una característica difícil de captar por el Occidente, y hacen falta años de contacto íntimo con el arte de Japón para llegar a penetrar en todos los valores estéticos que encierra. Recientemente el arte universal está dando carta de ciudadanía a valores estéticos desconocidos hasta ahora en sus campos, que se acercan más al concepto de "Shibui". Pero no hay que olvidar que éste es un valor estético altamente apreciado en Japón desde hace muchos siglos.

Las características de este concepto son: una belleza cercana, a la mano; una belleza nacida de las cosas que tratamos cada día, que nos son familiares. El término "Shibui" expresa una forma estética muy concreta, no situada en la lejanía de una belleza inasequible. Es una belleza a la que es fácil el acceso, porque no hay formas aparentes e inútiles que nos la impidan. Este es el punto de tangencia del concepto de "Shibui" con la vida, ya que el arte entendido de este modo no es más que una representación cercana de lo vital.

Creo que el concepto de "Shibui" está realizado como en ninguna otra parte en el arte de la cerámica japonesa. Y ésta es precisamente una de las aportaciones más importantes de Japón al arte universal. Las influencias innegables de Korea y China en la cerámica de

Japón desaparecen ante este nuevo concepto de "Shibui". Incluso dentro de las distintas escuelas de la cerámica japonesa, no todas conservan este signo distintivo. Hay estilos más asequibles al gusto occidental; la razón última puede ser que en ellos hay una ausencia casi completa de "Shibui". Pero aquella otra cerámica más típica de Japón es el ejemplo más expresivo de este concepto. En las "chawan" (tazas de té) de la escuela Shino, por ejemplo, no puede adivinarse una forma cilíndrica perfecta, ni triangular ni cuadrada; es algo intermedio, casi deforme, sin ninguna pretensión en absoluto de hacer belleza. Los bordes desiguales, a medio acabar; el color es también a veces indefinido. Sin embargo, en todo esto resplandece una belleza íntima, inigualable. Allí hay vida, verdadera expresión de la naturaleza viviente, que convierte a la taza en un trozo de nosotros mismos. Esta es la belleza esencial que el arte japonés pretende expresar, y que tan magistralmente lo ha logrado por medio del estilo "Shibui".

Una vez más la influencia del Zen está patente en esta norma estética. Por un lado, la falta de decoración exterior para evitar toda huída de la belleza interior, es un principio fundamental de la ideología del Zen que propugna una gran atención a lo interior. Por otro lado, estas representaciones sencillas de la belleza, tan naturales, nos acercan más a la interioridad de la naturaleza y nos allanan el camino hacia una total identificación con ella, que es el fin que persigue el Zen.

Junto a esta vertiente de simplicidad estética, marcada por la influencia de la filosofía del Zen en el arte de Japón, hay otras obras que emergen aisladas o siguiendo una necesidad temporal, religiosa o local. Aun estas mismas manifestaciones del arte en Japón tienen una huella más o menos lejana de estas normas de simplicidad estética, tan arraigada en el temperamento japonés. Por eso, parece increíble que el P. Juan Rodríguez Tsuzu tuviese ya en el siglo XVII una mirada crítica tan penetrante al hablar de la pintura japonesa: "En dichas pinturas, además de imitar lo natural, no gustan de multitud o confusión de cosas, mas de pocas proporcionadas entre sí y solitarias". Después de tres siglos, nosotros no podemos dar una definición descriptiva más adecuada del arte de Japón.